



Edson Faúndez V. *FOLLETÍN CON DESAPARICIONES*. Bogotá: Domingo Atrasado, 2023: 62 pp.

Conjeturo que existen dos imágenes contrapuestas en *Folletín con desapariciones* (Colombia, Domingo Atrasado, 2023), este interesante segundo libro del poeta Edson Faúndez. Por una parte, la de la ceniza y la de la tela vacía. Por la contraparte, la sonrisa, el lugar pequeño y el soplo al corazón. Las cenizas aparecen desde el poema I o la “entrega” I (recordemos el título del texto, *Folletín con desapariciones*, forma genérica que se publica por entregas): “sonrisas/ que se hundirán en el frío/ en la ceniza” (2023: 21).

El sujeto y quien lo acompaña, ya en el poema II sabemos que es una mujer, están en tierra de nadie, cancelados desde las desapariciones hasta el desprecio, tierra de nadie en donde las sonrisas se hunden en las cenizas frías. La presencia de las cenizas es más que abrumadora, es casi desconsoladora y cubre prácticamente todos los poemas; oscurece todas las representaciones: el viento, el cielo, las carreteras, las señas del contrariado, terminando por encoger el corazón. La ceniza está en la carcoma que corrompe desde abajo y se confunde con el viento. La ceniza materialmente es un resto de las cosas, el producto de la destrucción de los muros y cimientos de la casa que describe el poeta: “y caía como siempre la ceniza” (2023: 38), leemos en el poema XII. Además, la ceniza tiene emisarios, como se nos advierte en el poema XXI: “quedaré a la intemperie expuesta a los emisarios del frío y la ceniza” (2023: 53). Tanta insistencia lleva a preguntarme qué pueden significar las cenizas en el libro que presento y la pregunta abre la complejidad semántica del término; no solo de éste, sino de la palabra en general. Pienso que la palabra aislada es como el pez fuera del agua. No respira. La palabra vive por sus relaciones con el intertexto y el contexto. La palabra es un haz de relaciones y tal vez la tarea crítica sea en principio la de fijar esas relaciones y comunicárselas al lector. Sin duda que el intertexto más prestigioso es el relato bíblico. En él, el significado simbólico de la ceniza se ha relacionado siempre con la muerte, la conciencia de la nada, la vanidad de las cosas, la nulidad de las criaturas frente a su creador, el luto, el arrepentimiento. De antemano digo que no se piense que le estoy atribuyendo al texto de Edson Faúndez un sentido religioso. Por favor, no se alarmen, si alguien lo ha hecho. El asunto lo ha explicado, con la seducción que lo caracteriza, Octavio Paz, quien en *Conjunciones y disyunciones* desarrolla la tesis de que la crisis del discurso religioso, dividido en jirones, la produjeron los filósofos de la modernidad. Con una parte de él se quedó la literatura, la parte correspondiente a las imágenes: la figura del poeta, por ejemplo, adquirió en el romanticismo, incluso en las vanguardias, los poderes del profeta y de la divinidad. Hubo excepciones

en el último movimiento, el vanguardista, entre ellas Pessoa, y lo cito porque su figura es importante en el texto de Edson Faúndez. Pessoa dice “yo tantas veces irrefutablemente parásito”; en tanto Huidobro, siguiendo con desparpajo la herencia bíblica, afirma que el “poeta es un pequeño dios”, utilizando los restos del discurso religioso presentes todavía en las conciencias de los lectores. Pessoa frente a Huidobro, tal vez aún pueden saltar chispas si los ponemos en conjunción. La desmitificación del yo en Pessoa, frente a la renovada mitificación que lleva a cabo el poeta chileno. En cuanto a la política, la tesis de Paz se reviste de ironía; propuso que el comité central del Partido Comunista soviético había adquirido la forma de la divina trinidad descendida a la tierra. Con menor ironía yo podría decir que la concepción de hombre nuevo propuesta por el comandante Guevara proviene directamente de las prédicas de San Pablo. Tal vez con este ejemplo quede más claro la manera en que se utilizan, secularizándolas, las imágenes religiosas. El asunto es que la poesía y la política se han servido de las grandes imágenes religiosas para construir sus metáforas y su praxis social, respectivamente. En relación con las cenizas, para Raúl Zurita, quien trabaja con las enormes metáforas del infierno y del paraíso, el poema simbólicamente refiere a las cenizas que quedan de un cuerpo quemado. Para escribir, dice Zurita, es preciso quemarse entero. Es ésta una noción sacrificial del acto poético que conjuga la ceniza con la llama. El sujeto que escribe arde como una llama, convirtiéndose en las cenizas del poema. Pero hay otras maneras más reflexivas de poetizar, que no llegan al sacrificio ritual y ésta parece ser la actitud del sujeto que dice “yo” en *Folletín con desapariciones*. Él nos habla de cenizas mundanas, aunque hay en los resquicios del discurso poético restos rituales del discurso bíblico, cuando advertimos que las cenizas caían como siempre del cielo. Pero estas cenizas que vienen desde lo alto no expresan la admonición de Dios, sino que son producidas por las transformaciones letales del mundo que han hecho los hombres. Simbólicamente las cenizas no representan en el texto que presento el luto declarado en los Evangelios, más bien son una amenaza a la sonrisa, a los buenos momentos que gozan el poeta y su compañera. Lo importante es que las cenizas son parte intrínseca de lo podrido y lo abominable. En esta línea me atrevería a decir que *Folletín con desapariciones* está configurado a semejanza de lo que se ha denominado en el discurso de los profetas “miércoles de ceniza”. Enfatizo su carácter mundano, laico si se quiere, que recurre a la plasticidad y no a la devoción de las imágenes religiosas. Me atrevo a decir en este punto que la palabra ceniza, para la conciencia moderna, carga con muchas culpas. No es una palabra amable ni menos inocente. Creo que existen palabras inocentes pronunciadas por los niños y los poetas. Como las palabras no habitan en el vacío, ni caen en él, sino, como dije, son un haz de relaciones, la palabra ceniza se vincula, dentro del marco de la conciencia moderna, con el horror del Holocausto y de Hiroshima. Hay un peligro para quien utiliza una palabra tan culpable y muchos poetas lo saben, aunque algunos, como Pier Paolo Pasolini, se declaren en forma desafiante poeta de las cenizas. Pero Pizarnik acepta que las cenizas “demacran el mundo” o escribe: “afuera hay sol/ yo me visto de cenizas”. Gelman, a su vez, se enfrenta a la idea de que

algunos “dirán palabras o cenizas”. Neruda habla de “cenizas, como mares poblándose, en la sumergida lentitud, en lo informe”.

La palabra ceniza, en resumen, hiere con sus asociaciones. Es una palabra peligrosa, a la que hay que tratar con cuidado. Me sorprende por eso su reiteración consumada en el texto del poeta Faúndez; reiteración que adquiere la forma del ritornelo, en este caso, un ritornelo que toca notas fúnebres y que cancela otras palabras significativas en el libro. El ritornelo traza un territorio desarrollando motivos territoriales y paisajes territoriales. La territorialización que crea el ritornelo en esta poesía corresponde al emblemático en la tela vacía creada por las desapariciones:

el mapa indicaba
destinos
a flecha y cruz marcados
más allá de las arenas
donde nadie espera todavía

por lo menos hasta que lo convirtieron
sin advertencias
en una tela vacía (2023: 23).

Me permito añadir a esta imagen plástica de la tela vacía que en ella sólo quedan las cenizas. Pero el territorio no está totalmente deshabitado. Se lo impiden algunos motivos territoriales; entre ellos, el más importante es el amor, capaz de construir espacios de resguardo que dejan afuera el ritornelo mortal:

para que guardemos
el lugar al que te invito
un pequeño lugar en el mundo
adonde nunca entrarán

despreocúpate

el frío
la ceniza (2023: 28).

Hay mucho amor en *Folletín con desapariciones*. No una pasión exaltada a todo vuelo, pero profunda y expresada en detalles íntimos, muy cerca de la plasticidad: el taconear de la mujer en las calles, la sonrisa, el lugar pequeño, la canasta con ropa limpia, la mano con el café y el soplo en el corazón: “sopla aquí que hace frío/ esta ceniza encoje el corazón” (2023: 32). El soplo al corazón convoca una nueva relación con otro intertexto, el de “Al bello aparecer de este lucero” de Enrique Lhin, que guarda un verso espléndido: “un soplo al corazón de la edad media”. Por indicios el sujeto que dice “yo”

está en esa edad y ya camina por la vida con un soplo al corazón. Y ese soplo que viene del amor lo protege de las cenizas; lo salva de la muerte, del hastío y de la abominación; lo salva de los palos sufridos por el sujeto, golpes que se vinculan con la soga y el palo mencionados, melancólica y dolorosamente, por César Vallejo en “Piedra negra sobre una piedra blanca”:

César Vallejo ha muerto, le pegaban
 todos sin que él les haga nada;
 le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
 los días jueves y los huesos húmeros
 la soledad, la lluvia, los caminos... (Vallejo, 1997: 339).

Las cenizas también se relacionan con el movimiento poético que producen las desapariciones de las cosas. Desde los epígrafes del texto están presentes en la cita del poema “La desaparición de una familia” de Juan Luis Martínez:

Esta casa no es grande ni pequeña,
 Pero al menor descuido
 Se borrarán las señales de ruta
 Y de esta vida al fin
 Habrás perdido toda esperanza (Martínez, 1985: s/p).

El texto de Faúndez dialoga abiertamente con el de Martínez en el poema VIII:

Nosotros siempre estuvimos en la casa
 no nos extraviamos por turnos
 como la familia del poema de Martínez
 que nos preocupa todavía (2023: 31).

La diferencia reside en la permanencia y no en el extravío, a pesar de la desaparición de la casa. La resistencia se sostiene en el soplo al corazón que surge desde la amada, en el amor que conserva ese lugar donde vivir: un resto, aunque los muros y cimientos hayan desaparecido, implícitamente transformados en cenizas. La petición a la compañera para soplar en el corazón del poeta se engarza con otras peticiones de salvación casi conmovedoras: “Yo quiero que me abras el corazón/ En un callejón solitario”. El corazón abierto, liberado su latido, podrá hacer regresar “las líneas al mapa”, “los avisos al folletín”, “la dirección de nuestra casa”; se trata de que las cenizas se reúnan y vuelvan a formar el cuerpo de las cosas, que vuelvan a dibujar siluetas perdidas, a restituir el mapa. Se trata de la aparición de una rendija de luz, del calor del corazón que rescata la vida de las cenizas que ensombrecen el paisaje que dibuja el texto. No todo desaparece en el *Folletín*, su conclusión “respira todavía”, escribe el hablante lírico. No todo son desapariciones, la vida

palpita contra las cenizas y el frío. Respira. Como le dice la mujer al sujeto que escribe el poema XIX: “Recuerda para que respire/ Los versos de Pessoa/ Los versos de Pessoa”.

Un fragmento poético de “Poema en línea recta” de Álvaro de Campos (Pessoa) para respirar en esta tarde de octubre en que trazo estas líneas:

No he conocido nunca a nadie que haya sufrido una paliza.
Todos mis amigos han sido campeones en todo.

Y yo, tantas veces cerdo, tantas veces bajo, tantas veces vil,
yo, tantas veces indiscutiblemente parásito,
indiscutiblemente sucio,
yo que tantas veces no he tenido paciencia para ducharme,
yo que tantas veces he sido ridículo, absurdo (2016: 533).

Y el último, del poema “Aniversario”, el que más me toca el corazón:

Hoy ya no cumplo años.
Duro.
Se me añaden días.
Seré viejo cuando lo esté.
Nada más.
¡Qué rabia no haberme traído robado el pasado en un bolsillo!

¡Ese tiempo en que se celebraba el día de mi cumpleaños!... (2016: 465).

Lectores, si han respirado mejor, reciban un abrazo de quien les habla y convoquemos juntos un abrazo para Pessoa esté donde esté. Respiremos.

BIBLIOGRAFÍA

- De Campos, Álvaro (Pessoa). *Obra completa*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
Faúndez V., Edson. *Folletín con desapariciones*. Bogotá: Domingo Atrasado, 2023.
Martínez, Juan Luis. *La nueva novela*. Santiago: Ediciones Archivo, 1985.
Paz, Octavio. *Conjunciones y disyunciones*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1991.
Vallejo, César. *Obra poética*. Santiago: ALLCA XX, 1997.

Mario Rodríguez Fernández
Universidad de Concepción

